

Alargó la mano Lola por toda respuesta, y tomó el papel. A pesar de que era ya casi de noche, pude observar que aquella mano era de una forma aristocrática: blanca y larga, y con dedos afilados propios á tomar el punzón con que atizaban el fuego las antiguas vestales.

—Mil gracias, murmuré con acento débil.

Permanecí indeciso algunos momentos, y no sabiendo qué hacer, quitéme el sombrero con torpeza, y me despedí diciendo:

--Buenas tardes, señorita.

--Buenas tardes, señor, me contestó.

Y sin más hacer ni decir, me alejé, sintiendo que el corazón iba á salirseme del pecho. Lola dejó luego la ventana y cerró los cristales, probablemente para evitar ser sorprendida por la Sra. D^a Agustina, ó con el fin de leer mis mal escritos renglones.

III.

SE RINDE LA PLAZA.

Dos días después, á la hora de oscurecer —tácitamente convenida para nuestras expansiones amorias—hízome Lola una seña

con su blanca mano, al través de las rejas, para que me acercase á la ventana. Corrí desalado, con la respiración anhelante y el corazón tocando á rebato, y me llegué á ella saludándola con lengua torpe. Diome por toda respuesta una carta pequeña, y se entró rápidamente en el aposento.

Parecíame que todo San Pedro oiría los latidos de mi corazón. Yo los oía con tanta claridad como si fuesen tañidos de campana; su golpe seco y vertiginoso se sobreponía á los demás sonidos que me rodeaban. Corrí á mi casa, pedí una luz, me encerré en mi cuarto con doble vuelta de llave, y eché mano á la dulce misiva. Decía así con candorosa simplicidad y delicioso abandono ortográfico:

“Señor

“Si sus sentimientos son *cinseros*, espero que me de *pruevas*. Cuando me las *halla* dado le *resolberé*. Su *serbidora*

Dolores.”

“—¡Pruebas!--me dije. ¿Qué pruebas? Lo más obvio sería mostrarle el corazón, y

hacerle ver el miserable estado á que le tienen reducido las hondas emociones que experimenta por causa de ella á todas horas. Según le siento de enfermo, debe adolecer de hipertrofia, ó aneurisma; tendrá insuficiencias en las válvulas ó terribles lesiones en los ventrículos y aurículas, ó en el callado de la horta; pero es seguro que no se halla en su estado normal. Si fuera doctora en medicina mi amada, como algunas norteamericanas ilustres de quien hablan los periódicos, le bastaría tal vez auscultarme para convencerse de que la adoro; pero careciendo de esos conocimientos especiales, no puedo pedirle que apele á tan eficaz recurso.

“¿Deberé cuidar borregos catorce años, como Jacob para lograr la mano de Rebeca? ¿Deberé bajar á *la arena de los leones* para recoger un guante desprendido de su blanca mano, como el héroe del cuento de Schiller? ¿ó habré de irme á la Peña Pobre á hacer penitencia, como el Caballero de la Triste Figura, en ropas más que ligeras y dando zapatetas en el aire.”

Después de largo espacio de angustiosa perplejidad, proveniente de mi ignorancia

en los dulces achaques amorosos, dime una palmada en la frente, exclamando:

—“¡Ya caigo! Lo que quiere Lola es que haga más largas centinelas en la esquina de su casa ó incrustado en el marco de los zaguanes, que me asolee, que reciba el relente nocturno y que no huya el cuerpo á los chaparrones. Debo á la vez no ver á ninguna otra joven que no sea ella, como un cartujo; no concurrir á tertulias, paseos ni visitas á donde ella no vaya; hacer, en fin, cuanto es de uso y rigor en casos tan graves como el presente.”

Encontrada la clave de la dificultad, respiré con satisfacción, y me eché en los brazos de la dulce esperanza, que me ofrecía en cercano término el logro de mis deseos más puros y vehementes.

Quien me hubiese visto los días inmediatos parado frente á la casa de Lola, inmóvil, con los ojos clavados tenazmente en su ventana, sin volver el rostro para ver á ningún transeunte, sordo á todos los ruidos, sin pestañear siquiera, como si estuviese delante de la cámara fotográfica; quien me hubiese visto resistir el sol del medio día que enrojecía la atmósfera y caldeaba

el pavimento, convirtiendo la creación en un horno inmenso; quien me hubiese visto no buscar asilo bajo ningún techo, cuando abiertas las cataratas del cielo, caían arroyos de las nubes, y corría el agua por las calles, con volumen y estrépito de caudalosos torrentes: quien me hubiese visto en tales situaciones, repito, habría creído que el espíritu santo de la razón había abandonado mi cerebro, tendiendo por el éter sus blancas y puras alas. Y más se hubiera asombrado todavía, de ver á Lola impertérrita asimismo en el campo del honor—del amor decir quise—resistiendo como yo el sol, la lluvia y la fatiga durante horas y más horas, que siempre me parecieron breves y regocijadas. ¡Cuántas veces el rostro infantil de mi amada se tornó rojo como escarlata, al influjo de un sol meridiano de cerca de cuarenta grados; y cuántas la lluvia que azotaba su ventana, corrió por su cabellera de oro, sembrándola de gotas relucientes, como brillante pedrería!

Lo que todavía me asombra y no me explico es cómo pudimos ella y yo entregarnos á aquellos escarceos romancescos, tan á nuestro sabor, cual si no tuviésemos madres

celosas que nos atisbaran y vigilaran, y no estuviésemos tan cerca de sus ojos y al alcance de sus reprimendas. ¡Cuántas veces dejé de asistir á mis clases? ¡Cuántas no estudié mis lecciones? ¡Cuántas resonó en el aula el solemne acento del profesor sin que le prestase yo la atención más mínima? ¡Cuántas dejé que se arremolinasen á mi derredor aquellas ondas sonoras preñadas de sabiduría, sin desentrañar su sentido, como si fuesen voces no articuladas, ó vocablos pertenecientes á una lengua extranjera? ¡Oh cielos! vosotros que sabéis cuál es el número de las estrellas que cintilan en el espacio, y lleváis la cuenta de las arenas que forman el revuelto lecho de los mares, vosotros podréis saberlo; yo lo ignoro. Sólo sé que el texto y la explicación, las disertaciones y los escrutinios de mis clases estrellábanse en mi glacial indiferencia por aquellos días, como las traviesas olas del océano en los duros peñascos de la costa. ¡Tan cierto es así que el amor se enseñorea del espíritu por completo, y no le deja vagar para ocuparse de ningún otro asunto, si quiera sea tan alto y respetable como la ciencia!

Quiso Dios al fin que pasara aquel período terrible, y que mis trabajos de Hércules tuviesen recompensa.

Sucedió, pues, que hallándome una tarde como de costumbre, apostado en el marco de una puerta frente á la ventana de Lola, observé que Paco González, mi condiscípulo, rondaba la casa de mi amada con irritante descaro. Cada vez que pasaba frente á mí, mirábale yo con ojos de basilisco; en tanto que, fingiendo menosprecio, menudeaba él sus paseos y miraba á la ventana con insolencia. Aquello era demasiado y no pude llevarlo en paz

—¡Paco!—le dije una de las veces que pasó junto á mí.

—¿Qué se ofrece?—respondió con tono provocativo y mirándome de hito en hito.

—¿Rondas á Lola?

—¿Qué te importa?

—Mucho, porque le hago la corte y la quiero.

—En hora buena.

—Pero yo no permito que pases por aquí.

—Pasaré cuanto me dé la gana; no tienes derecho para impedírmelo.

—En efecto—le dije—no lo tengo; pero

voy á proponerte un medio de arreglar el asunto. Nos vamos á un sitio solitario, y lo decidimos á puñetazos. El que triunfe quedará dueño del campo.

--Corriente—repuso Paco con voz de trueno—me tienes á tus órdenes.

Echamos á andar para las afueras del pueblo.

Bastante me atormentaba la penosa sensación del miedo. Manos frías, corazón agitado, temblor de cuerpo, todos los síntomas de esa humillante debilidad sacudían mis nervios tenazmente. Pero ¡qué importa! Ercilla lo dijo:

El miedo es natural en el prudente
Y el saberlo vencer es ser valiente.

Y yo lo venía porque se trataba de Lola, y me sentía capaz de destrozár al género humano y de dejarme hacer menudas trizas por ella. Paco, por el contrario, aunque salió de la calle con muchos bríos y hablaba en voz alta profiriendo baladronadas, fué perdiendo el ánimo paulatinamente. Sin duda mi sereno y resuelto aspecto le hizo creer que se las tenía que haber con algún Bayardo; ¡ah! si hubiera podido penetrar en

mi interior y hubiese visto las angustias que me acongojaban, no habría tenido de mí, sin duda alguna, idea tan formidable.

Sea como fuere, el caso es que, antes que llegásemos á despoblado, tocó parlamento y volviéndose á mí:

--Hombre—me dijo—somos unos imbéciles. No hay motivo para que riñamos.

Advirtiendo el desfallecimiento de su ánimo, cobré nuevo coraje.

—¿Cómo?—repliqué—¿pues Lola?

—No la quiero; he rondado su casa por pasatiempo.

—¡ Ah pilló! ¿y prescindes de seguirla cortejando?

—No me cuesta ningún trabajo.

—Entonces no hay cuestión; pero me ofreces no volver á pasar por su casa.

--No pasaré.

—Está bien, queda entendido; pero ¡ cuidado con que vuelva yo á verte por ella!

Así nos separamos. Triunfaron á la vez mi amor y mi vanidad de valiente. Paco fué cabizbajo y abatido, como quien tiene la conciencia de haberse conducido con cobardía. Aumentaba mi satisfacción el pensamiento de que no había sido preciso

luchar para obtener victoria tan señalada, semejante á Fabio Máximo que derrotó al Gran Aníbal sin presentarle batalla, y con sólo perseguirle con escaramuzas desde las alturas.

Torné á mi puesto á pocos momentos, y me coloqué frente á Lola, en el marco de la puerta donde antes me hallaba. Esperábame ella en la ventana todavía, á pesar de ser ya de noche; lo que me regocijó por extremo, pues supuse habría observado mis movimientos bélicos. y que estos me harían ganar en su ánimo el concepto de un Napoleón el Grande.

Apenas me había reinstalado en mi sitio, cuando observé que el blanco pañuelo de Lola se agitaba detrás de la reja. Comprendí que me llamaba, y me acerqué con paso heroico.

—¿A dónde fué Ud. hace poco?—me dijo después de cambiados los primeros saludos.

—A arreglar un negocio con Paco—repu-se con grave y solemne misterio.

—¿Qué negocio?

—Uno de poca importancia.

—Estaba cuidadosa; temí fuesen ustedes á reñir.

--¿Se afligía Ud. por él?

--No--replicó con viveza--¿qué me importa ese señor! Me afligía por Ud.

--Mil gracias; ¿de manera que le importo á Ud. un poco?

--Ud. bien lo conoce.

--No ciertamente, porque Ud. no me lo ha dicho. ¿Cuántos días hace que me tiene Ud. en cruel incertidumbre?

--Ya lo pensé y formé mi resolución.

--No tarde Ud. en comunicármela, ¿cuál es?

--¿Es usted sincero conmigo? ¿de veras me quiere?

--Con todo el corazón.

--No vaya Ud. á engañarme.

--Por lo más sagrado se lo protesto. Y Ud., Lola, ¿me quiere?

Vaciló un momento, y luego con dulce acento díjome:

--Sí.

Esperaba aquel delicioso monosílabo; con todo, prodújome una emoción extraña. Parecióme que iba á darme un vértigo; el júbilo del corazón hizo correr mi sangre con vertiginosa violencia, y me aturdía el golpear de las sienas.

--Gracias, Lola--proseguí con voz entrecortada por la emoción--me hace Ud. el más feliz de los mortales.

Repuesto luego un tanto, y roto el hielo de la reserva, le referí puntualmente cuanto acababa de pasar. Oyóme con satisfacción, y al terminar mi relato, repuso:

--No vuelva Ud. á exponerse. No hay necesidad. Con no hacer caso de los que pasan por la calle, es suficiente.

A esto siguieron muchas confidencias sobre las diversas peripecias de nuestros amores. Díome la explicación de por qué una tarde en el paseo no había volteado á verme más que muy poco; fué porque su mamá la riñó antes de salir, y lloró mucho y tenía los ojos colorados *como una hechicera*.

Yo también le referí que la causa de haber faltado otra vez á mis rondas vespertinas, había sido que mi padre me había retenido estudiando en su presencia. Supe por qué se había reído tanto un día, y por qué había estado el otro tan serio; y adquirí pleno conocimiento de las distribuciones de su casa en relación con nuestros dulces intereses. Púsome al tanto de la hora en que se levantaba su mamá, de aque-

lla en que iba á misa, de la de su regreso, de la de su siesta, de la periodicidad y duración de sus acostumbradas visitas, y finalmente, de la hora en que se entregaban los moradores de su casa á las delicias del sueño.

Arreglamos, de acuerdo con tales noticias, nuestro plan de operaciones futuras. Convenía ser cautos para que la Sra. Da. Agustina no echara de ver lo que pasaba, y viviese confiada creyendo que mis pretensiones no pasaban de meramente teóricas y que mis enamoradas querellas no hallaban eco en el insensible corazón de su juiciosa hija.

Con esto nos despedimos bastante tarde, oprimiéndonos la mano y diciéndonos con infantil ingenuidad:

—¡ La quiero mucho !

—¡ Le quiero mucho !

IV

¡ TRIUNFANTE !

A la mañana siguiente me levanté de madrugada, porque me sentía tan lleno de animación y de júbilo, que me era intolerable la inmovilidad de la cama. Salí de mi aposento y me interné en el jardín.

Comenzaba el sol á dorar las copas de los altos cedros, tiñéndolas con risueña y suave tinta; los botones principiaban á abrirse, desplegando poco á poco sus delicados y brillantes pétalos; las hojas ostentaban purísimas gotas de rocío, parecidos á diamantes de limpias aguas y brillantes facetas. El musgo aparecía húmedo y afelpado, como mullido tapiz de regio alcázar; los surtidores hacían un murmullo constante de notas frescas y regocijadas. Piaban las aves en las frondas, llamándose con voces amorosas, y volaban de rama en rama llenas de alborozo, como si saludas en la llegada del nuevo día.

Alcé los ojos al cielo y le encontré diáfano y sereno como un inmenso zafir que

de la gloria ocultara Dios. Rosadas tintas de la aurora que acababa de pasar persistían todavía acá y allá en el espacio, como girones de gasa abandonados en el cielo por una diosa en medio de su vuelo. Sentíase el ala fresca del céfiro resbalar por el espacio, meciendo suavemente las copas de los árboles, columpiando los arbustos, haciendo estremecer el follaje y llevando por doquier los rumores del paraíso que parecía guardar en sus pliegues transparentes.

—Esta es la vida, me dije, la vida que se abre ante mí como una flor hermosa, de embriagadores perfumes. Todo sonrío en derredor: la luz, las flores, los pájaros; diríase que la naturaleza entona el himno de amor que oigo preludiar en mi corazón.

Así caminaba por las calles de árboles, absorto en la contemplación de mis propios sentimientos y en la admiración del bello cuadro que me rodeaba. Parecíame que el aire me acariciaba al resbalar por mi frente radiosa; era para mí como una ráfaga del cielo, escapada por la puerta misteriosa que se abría delante de mis pasos. Rompían las flores sus capullos para tributarme el homenaje debido á mi dicha, y los pája-

ros me hacían confianzas desde sus nidos ocultos en lo más tupido del ramaje.

—Has encontrado la palabra misterioso que encierra el secreto de lo creado—decíame cuanto miraba—, y el mundo rendido á tu poder, de hoy más derramará luz á torrentes para deslumbrar tus pupilas, músicas regaladas para deleitar tu alma y perfumes orientales para embriagar tus sentidos y hacerlos caer en languideces dulcísimas. ¡Amor! hé aquí la palabra arcana que encierra el secreto del universo; todo cuanto ves en torno es amor: lo que ilumina, lo que perfuma, lo que canta.

Llevábame las manos al corazón, sintiendo que ahí se encontraba el foco divino de tantas bellezas, y mis ojos se llenaban de lágrimas brotadas de la recóndita fuente de la gratitud y de la ternura.

El jardín de mi casa lindaba con el jardín de la de Lola. Levantábase entre ambos un muro de mediana altura oculto casi por trepadores pitajayos, que prendían por todas partes sus gruesas y redondas pencas á los intersticios de los adobes, esmaltando á trechos la monótona superficie con sus grandes y hermosas flores blancas y rojas.

Había por ahí una escalera de mano que empleaba el hortelano en sus faenas, la cual me sugirió luego la idea de pegarla al muro divisorio para asomarme á ver la casa contigua. Concebir la idea y ponerla en práctica fué obra de un solo momento. Lleno de sobresalto, como el ladrón que escala paredes con intención perversa, así subí con rodillas temblorosas por los barrotos de madera, hasta llegar al fin á lo más elevado, desde donde pude dominar el jardín de Lola. No era ni con mucho tan hermoso como el que tenía á mi espalda. Ostentaba menos arte y no estaba cuidado con tanto esmero; pero en su mismo abandono mostraba agreste hermosura, más libre y sincera que la del mío. Tenía tunales, guayabos, arrayanes y un bosquecito de granados, sin más flores que hiedras salvajes de nacimiento espontáneo, que se enredaban á los troncos de los árboles y subían hasta las copas, desplegando profusamente sus flores blancas, coloradas y azules, semejantes á cálices destinados por los genios y por las hadas á beber las gotas del rocío.

¡Conocer la mansión de la diosa! ¡qué emoción tan inmensa! A través de mi amor

todo lo miraba hechicero, y lo hallaba místico y venerable. Aquellos bosquecitos parecíanme sagrados, como los de mirto que rodeaban los templos griegos. Todo lo que se ostentaba á mis ojos, no tenía el aspecto de las demás cosas; sino un carácter propio, un tinte especial que hacía palpar mi corazón aceleradamente. ¡Con cuánto placer habría caído de rodillas en aquel suelo que ella hollaba con sus plantas, y habría pegado mis labios con recogimiento, á aquellos objetos que recibían la luz de sus ojos, la sombra de su cuerpo y el roce de sus faldas!

De pronto me estremecí y tuve necesidad de cogerme de la barda con ambas manos para no caer. Acababa de ver á Lola. Ella, como yo, salía al jardín á respirar sus frescas brisas, tal vez agitada por los mismos sentimientos, acaso dominada por las mismas ideas que rebosaban en mi espíritu. Estaba hermosísima. Vestía ligero traje de muselina, que dejaba trasparentar sus blancos y torneados brazos y su artíscaga garganta. Anudado su rubio pelo con negligencia sobre la cabeza, brillaba con fulgores de oro purísimo, como imperial diadema. Las

frescas auras habían avivado los colores de sus mejillas, que parecían hechas de rosas recién abiertas; su boca húmeda y roja tenía la pureza y la gracia de la infancia, y en sus ojos azules había reflejos castos y alegres, como en la mirada de los ángeles matutinos, que vuelan por las mañanas á lavar el inmenso espejo de los cielos.

Internóse en los grupos de los árboles y perdíala á trechos de vista entre el follaje, ó la miraba medio velada á través de las ramas; en aquella indecisión y alternativa semejaba forma misteriosa criada por la imaginación, y destituida de realidad corpórea. Así era como los griegos poblaban de sílfides los bosques, de náyades los ríos y de musas los cielos de la risueña Hélade. Recogía el blanco traje para penetrar en la maleza, y dejaba al descubierto el pie breve, que parecía de niña. Cortaba hiedras y las echaba en la falda que plegaba con una mano, y semejaba en esta disposición la forma aérea de la aurora de Güido Reni, que pasa por los cielos dejando caer sobre la tierra puñados de flores con manos sonrosadas.

Mientras circulaba por el jardín alegre y

juguetona, gorgeaba á manera de los pájaros, entonando canciones sencillas y melodiosas, á las cuales el timbre de su voz purísima, la expresión apasionada de su acento y la dulzura de su modulación especial comunicaban un encanto indecible. Aquellas notas argentinas volaban por el aire como bandadas de pintadas mariposas que subían y bajaban por el espacio agitando sus alas levísimas. Sonaban á mis oídos con dulzura; subían á mi cerebro como una embriaguez inefable, y me hacían caer en éxtasis misteriosos; y bajaban á mi pecho y me hacían sentir goces arcanos, parecidos á desfallecimientos celestes, que nunca había sospechado pudieran sentirse en la tierra.

Al ver tanta juventud, tanta vida, tanta belleza y tanta gracia, y al oír la cadencia de aquellos acentos, dudaba de mi dicha, y me preguntaba con timidez si mi ventura no sería la obra un sueño. Y me decía:

—Todo ese tesoro de encantos es mío. Esos ojos, ese pelo, esa boca, esas manos, esa música, esa gracia, ese hechizo soberano que forma y rodea á esa criatura privilegiada, todo es mío. Porque amar es de-

cir al sér amado: "todo yo te pertenezco, mi alma y mi cuerpo, mi corazón, mis pensamientos y mi vida, todo es tuyo." ¡Y ella me ha dicho que me ama!

Arrobado en estos pensamientos, corté una flor de pitajayo, y la arrojé á los piés de Lola. Al mirarla caer, elevó ella los ojos, miróme asomado por encima de la pared y lanzó un leve grito de sorpresa.

—Buenos días, Lola, la dije con voz recatada.

—Buenos días, Antonio —repuso ella de la misma manera—; qué hace vd. ahí?

—;Cómo qué he de hacer! Mirar su casa.

—Vaya una casualidad. Me levanté con el pensamiento de venir á la huerta á ver si oía á vd. hablar al otro lado. Tenía el presentimiento de verle esta mañana.

—Lástima que estemos tan retirados. Además, vd. necesita molestarse mucho para levantar la cabeza.

—No me molesto; pero aguarde vd., creo que por aquí he visto una escalera.

Alejóse Lola buscando, y la halló muy en breve. Fuése luego en derechura á la puerta de comunicación de su casa con la huerta, y la cerró con aldaba. Volvió en segui-

da y se dió al trabajo de llevar la escalera, que estaba distante, hasta el lugar donde me hallaba.

Apenábame mirar á la pobrecilla consagrada á tan dura faena.

—Lola —le grité—no haga vd. eso, que puede causarle daño. Está muy pesada.

—No tanto —replicó—y además soy fuerte, no crea Ud.

Y en efecto, sin gran esfuerzo, aunque con lentitud, y haciendo resbalar la escalera sobre el pavimento y el muro, logró al fin colocarla en el sitio conveniente. Hecho esto, subió con ligereza, y en menos de un segundo nos encontramos en *vis á vis* delicioso. Nos estrechamos las manos, y reanudamos el coloquio.

—Anoche no pude dormir pensando en vd. —murmuré mirándola con ternura.

—;Qué cosa tan extraña! parece que nos habíamos puesto de acuerdo hasta en eso. Yo tampoco pude dormir, recordando los sucesos de anoche. ¡Qué bonita mañana!

—Deliciosa, y más estando vd. tan cerca.

Lola se ruborizó ligeramente, y continuó con alegre risa:

—¡Ni quien sospeche donde nos hallamos!

—Ni quien sospeche. ¿Quién ha de creer que ocupamos una posición tan elevada?

—Y que estamos hablando con tanta confianza.

—Nadie. Y á propósito de confianza, Lola, quiero pedir á vd. un favor.

—¿Cuál?

—¿Me lo concede?

—Según, si me es posible.

—¿De veras?

—Sí.

—¿Palabra de honor?

—Palabra.

Vacilé un momento, y luego continué con timidez:

—Que nos hablemos de *tú*.

—¡Imposible!—exclamó asustada.

—¡Cómo imposible!—repliqué--; es la cosa más posible del mundo.

—Pero ¿para qué?—preguntó con ingenuidad—; no es necesario.

Me sentí cortado ante aquel candor tan sincero; pero llamando en mi auxilio todas mis fuerzas, continué:

—Para hablarnos con el verdadero len-

guaje del amor. El *usted* es la fórmula ceremoniosa del trato social; el *tú* es la expresión de la sinceridad y del cariño. La naturaleza ha criado el *tú*, y las convenciones sociales han dado origen al *usted*, que es un tratamiento frío, en tercera persona y que indica ausencia.

—Tiene vd. razón—dijo Lola pensativa—no es natural hablarle á una persona presente como si no lo estuviese; parece que se habla de ella y no con ella.

—Eso es—proseguí alentado por aquella concesión—, el *usted* es extravagante. En los idiomas antiguos fué desconocida esta forma. El *tú* es el lenguaje de la naturaleza. ¿No mira vd. como les hablan los padres á los hijos y los hijos á los padres; cómo se hablan entre sí los hermanos y los amigos? En llegando á cierto punto de cariño, el *usted* es intolerable y el *tú* rebosa en la boca y en el corazón. Y no es irrespetuoso ciertamente. ¿Cómo le hablamos á Dios? Háblámosle de *tú*: “Padre nuestro que *está* en los cielos—decímosle--santificado sea *tu* nombre..” Y no le decimos: “Padre nuestro que *está* en los cielos, *santificado sea el nombre de vd.*”

Lola rompió á reír:

—No--exclamó--; cómo le habíamos de hablar á Dios así!

—Sería ridiculo y absurdo.

Hizo una señal de asentimiento.

—¿Está vd. convencida?

—Sí!

—Pues entonces manos á la obra; vamos á decirnos de tú.

—Pero hay un inconveniente.

—¿Cuál?

—Que me da vergüenza.

—¿Vergüenza? No debe vd. tenermela.

—¿Por qué no?

—¿No debemós ser vd. y yo una misma persona?

Miróme fijamente buscando el sentido de mis palabras y vivo rubor cubrió su rostro al comprenderme.

—Está bien-- prosiguió--; haré lo posible.

—Por lo que hace á mí, ya te digo de tú; habláme de la misma manera.

—Ahora no; comenzaré mañana.

—Ha de ser ahora.

—¿Qué quiere vd. que le diga?

—¿Cómo *qué quiere vd.*!

—¿Pues de qué manera?

—Qué quieres que te diga.

—Vaya en buena hora. ¿Qué quieres que te diga?—Y apartó de mí los ojos llenos de turbación.

—Angel mío, lo que te dicte el corazón.

—Que te quiero mucho.

—Y yo á tí más que á mi vida.

En esto llamaron á la puerta de la puerta, dando fuertes golpes.

—¿Lola! ; Lola!--dijo una voz.

—¿Es mamá!--murmuró Lola asustada.

—Adiós.

—¿Hasta mañana?

—Hasta mañana.

—¿Y todos los días?

—Todos los días.

Bajó apresurada, y me oculté detrás de la pared para no ser visto por la Sra. D^a Agustina.

—¿Por qué estabas encerrada?—preguntó la mamá con mal humor.

—Mamá, iba á entrar en el baño--; contestó la interrogada con encantadora sangre fría.

—¿Tan temprano! ; no temes el frío?

—No mamá, la mañana está muy hermosa.

Pienso hacerme madrugadora y bañarme todos los días.

—Son buenos propósitos: ¡ojalá los cumplas, perezosa!

Oí luego el rumor de un beso, y pasos que se alejaron.

¡Cuántas y cuántas veces volví á ver á mi amada en aquel sitio, sin que nadie se enterase de nuestros dulces coloquios! ¡Oh recuerdos de juventud, de luz y de belleza! ¡Cómo deslumbráis mis ojos cuando cruzáis por mi memoria como constelaciones de estrellas á través de un cielo obscurecido!

V.

JUEGOS DE ESTRADO.

Héme en la casa de D^a Jacinta González, viuda de *posibles*, y sin hijos, que reúne á su derredor una lucida colección de sobrinos de ambos sexos: tan cierto es así que el dinero no lo hace todo, y que se necesita la familia para disfrutar una dicha verdadera. Algunas solteronas envejecidas ó ca-

sadas estériles llenan este hueco con un falderillo ó con una trahilla de falderillos, á los que cuidan con esmero dándoles leche y chocolate, haciéndolos dormir en cama y tapados con sábanas finas, poniéndoles camisa, peinándolos, adornándolos con listones y cascabeles y llamándolos *lindos*, *preciosos*, *reyes* y otras cosas por el jaez, igualmente apasionadas. D^a Jacinta, en lugar de recoger perros, llamó en torno de sí á sus sobrinos, en lo que manifestó buen sentido; pues aparte de la superioridad del género, los sobrinos la divertían mucho más de lo que hubieran podido hacerlo los falderillos, ya hubiesen sido de la raza liliputiense de Chihuahua, ya de la fea y ladradora de Guadalajara.

En efecto, los mencionados sobrinos,—entendiéndose que en este plural van envueltas las sobrinas—jóvenes todos entre quince y veinte años, traían la casa en peso, como suele decirse, solicitados á la continua por numerosos amigos, tocando el piano, cantando, improvisando tertulias y riendo y saltando como unos locuelos. Nunca he sabido á punto fijo á qué número ascendían estos alegres parientes colaterales; tal